

Tenia sus ideas fijas sobre el particular: una carta, según él, no tenía mérito ni valor sino por el estilo. La forma para él era todo.

Así, ¡con qué desden trataba á sus humildes clientes! Se desquitaba con ellos de todas las humillaciones que sufría en su hogar doméstico. Siempre era él quien sabía mejor que los mismos interesados lo que les convenía. Desde la primera palabra que le decían, estaba ya al corriente del negocio; y nodriza hubo que, viniendo á buscar una carta de reconciliación con su Blas, porque tenía ganas de jolgorio, salía llevándose una carta de reconvenciones y quejas.

Su tono de suficiencia y su buena educación — porque no podía negarse que había aprovechado el tiempo durante los años que estuvo siguiendo los cursos « hasta la cuarta clase, en el colegio Lavertue », — lo habían transformado casi en el oráculo del barrio.

Así es que se formaba *cola* á la puerta de su covachuela, en la que los clientes no entraban sino por turno y uno á uno, como en el confesionario.

Sentado delante de su mesita, con su gorro negro de seda en la cabeza, con la pluma en la oreja derecha y su lente en la nariz — pues usaba lente en vez de anteojos, que encontraba ser cosa muy vulgar, — el buen Gosse se daba una grave importancia, como el más célebre abogado á las horas de su consulta.

Bajo el impulso de sus dedos mágicos, las carillas de papel blanco se cubrían de líneas negras que parecían signos cabalísticos á los ojos admirados de sus clientes.

Tratos empezados ó concluidos, intrigas enlazadas ó desenlazadas, misterios amorosos, nada se hacía en el barrio sin que sirviese de intermedio M. Gosse; y él, consciente de su poder, asistía impasible á ese eterno combate de las pasiones y de los intereses humanos, con la misma calma, con la misma dignidad y nobleza y con la misma impasibilidad que su gorrillo de seda negra.

Hacia esta covachuela célebre en todo el distrito de los Mercados fué á donde se dirigió M. Gigant con paso resuelto y deliberado.

Al ver la muchedumbre que rodeaba la covacha, no pudo reprimir un gesto de disgusto ó impaciencia; pero sin duda debía tener algunos motivos para guardar ciertas consideraciones con el memorialista y no lastimar su susceptibilidad, porque, á pesar de su visible irritación, tomó puesto en la fila y aguardó su turno.

Los parroquianos iban desfilando poco á poco.

Primero entró en el gabinete Gosse una linda pescadera que se acordaba sin duda de su Paco ó Manolo que había marchado al ejército... Esta no estuvo dentro sino algunos minutos.

Después vino la vez á una señora anciana, que se dirigía á la Prefectura de policía para reclamar un perro falderito que se le había perdido; y fué preciso invertir más de un cuarto de hora para expresar bien las señas del querido faldero...

Luego... ¿qué sé yo?... criados que buscaban acomodo; soldados que pedían algunas pesetillas prestadas á sus padrinos...

Era cosa de nunca acabar, porque M. Gosse, al mismo tiempo que era memorialista, tenía también una pequeña oficina de informes y noticias.

M. Gigant esperaba su vez con una impaciencia que no podía ya disimular: al fin, le llegó su turno y se presentó delante de la vidriera.

— Y bien, ¿está eso ya hecho? preguntó.

¡Acontecimiento inesperado y nunca visto! el memorialista Gosse se levantó, despidió con una mirada á las demás gentes que aguardaban su vez y salió afuera para cerrar las puertas y ventanas de su covacha.

VI

LA CARTERA VERDE.

Mientras que Gosse iba encajando una á una las tablas amachambradas que formaban la cerradura de su covacha, M. Gigant se había entrado adentro y se había sentado como si estuviese en su cuarto, en el sillón verde del memorialista, en el sòlo sacrosanto, asiento del buen M. Gosse.

Sentado allí cómodamente, estaba esperando.

Acabada de cerrar la última contraventana, le indicó con el gesto al « horrible monstruo » el humilde banquillo destinado á los parroquianos, y le dijo secamente:

— Sentaos ahí.

El buen M. Gosse se sentó con la misma docilidad que un colegial á quien se le va á echar una buena reprimenda que él mismo conoce haber merecido justamente.

La covacha estaba enteramente á oscuras; solamente un rayo de luz que filtraba por la parte superior de la techumbre y que caía directamente sobre la frente de M. Gigant, la alumbraba un poco y hacia la oscuridad menos opaca.

M. Gosse parecía hallarse fascinado por aquella línea blanca á cuya claridad dudosa veía relucir, como carbones encendidos, los terribles ojos del hombre de negocios.

— Todavía no habeis hecho nada, M. Gosse, dijo M. Gigant con tono severo, y sin embargo ya os he advertido que os hallabais en una posición singularmente embarazosa.

— Mi mujer se lleva siempre las llaves consigo, respondió tímidamente el memorialista.

— ¡Oh! no es porque la cosa me concierna á mi particularmente, dijo con aire indiferente M. Gigant, aunque os engañaría sino os dijese al mismo tiempo también que tengo algún interés en este asunto; pero lo que más particularmente me mueve es la amistad que os profeso y la idea del peligro que correis.

— Ya lo sé... ya lo sé yo eso, respondió hipócritamente el buen M. Gosse.

Estos dos honrados amigos trataban de engañarse mutuamente lo mejor que podían.

Uno y otro lo sabían, pero se hacían los desentendidos. Ya se vé, la práctica de los negocios... Todo trato debe empezar con protestas cuyo valor, ó mejor dicho, cuya nulidad conocen perfectamente ambos contratantes.

Fórmulas de buena educación.

— Ya conocéis ahora, puesto que os lo revelo, el origen de vuestro bienestar.

— ¡De mi bienestar! decid más bien del de mi mujer.

— Todo es uno mismo, puesto que vos sois mancomunadamente responsable de su conducta.

— ¡La desgraciada!... y yo pobre de mí que estaba ignorante de todo.

— Pero ya os he hecho yo caer las telarañas de los ojos. Os halláis metido, á la hora presente, sin sospecharlo siquiera, en un negocio que vendrá probablemente á tener su solución ante los tribunales. Un caso de adulterio perfectamente probado, en el cual habeis sido vos cómplice.

— ¡Yo!...

— Vuestra mujer; y ya os he mostrado claramente...

— Sí... sí... interrumpió el buen M. Gosse, que soy, por mancomunidad, responsable de sus actos. ¡Pardiez! ya lo sé bien. Pero al fin de cuenta, ¿qué me importa á mí todo eso?

— No mucho que digamos, es verdad. En el crimen de adulterio se impone poco castigo á los cómplices. La mayor parte de las veces se contentan con imponerles una reprimenda pública.

M. Gosse no respondió; pero el chasquido que hacía con sus dedos, el pulgar y el del medio, parecía como que quería decir:

— No me río yo mal de todo eso.

— Así es que solo por eso no habria venido á incomodaros hoy, prosiguió M. Gigant, porque esta es una cuestión que debe resolverse únicamente entre vos y vuestra conciencia; pero en el día, la cosa es mucho más grave.

— ¡Bah! exclamó M. Gosse en tono irónico.

Por lo visto, el buen M. Gosse, bajo sus apariencias bonachonas, era más fuerte de lo que se creía.

— Sin duda, puesto que hoy no se trata ya simplemente de una complicidad en adulterio, prosiguió M. Gigant con aire candoroso, sino de la sustitución de una niña por otra; crimen previsto por el Código penal, mi querido M. Gosse.

— Pero yo ni entro ni salgo en nada por todo eso, exclamó el « lobo querido »; soy tan inocente como el niño que acaba de nacer, y los jueces lo verán.

— Los jueces no verán más que una cosa, mi buen amigo, y es que si vos no habeis tenido una participación directa en todo eso, os habeis aprovechado sin embargo de ello. Creedme, no deis lugar á que vengan á meter sus narices en vuestros asuntos; esas gentes no creen sino en el mal, con tanta más razón de que vuestro verdadero interés bien

entendido debe impulsaros á separar vuestra causa de la de vuestra mujer.

— Ya te veo venir, pensó entre sí ese grande escéptico de Gosse; tú te crees muy diestro, mi buen hombre; pero ya sé yo bien que no serás tú el que me denuncie. Ignoro cuál es tu objeto, pero de seguro no es ese el camino por donde quieres ir; esto es evidente para mí.

M. Gigant, por su parte, se hacía esta reflexión al mismo tiempo:

— No tiene trazas de estar amedrentado. Empleemos el grande argumento.

Y en alta voz añadió:

— ¿Es que acaso dos ó tres billetes de mil francos ganados por solo cumplir con vuestro deber de hombre honrado os causarían pena, M. Gosse?

El memorialista tuvo mucho trabajo en reprimir un movimiento instintivo de alegría. Con tres billetes de mil francos, ¡cuánta espuma no podría sorber en aquella famosa cervecería que él conocía, en donde la cerveza era tan exquisita!... Pero reprimiendo lo mejor que pudo aquel primer movimiento de entusiasmo irreflexivo, contestó con la mayor indiferencia:

— Eso... según y conforme.

— Vamos, pongamos cinco mil, y no hablemos más del asunto, continuó secamente M. Gigant, á quien exasperaba tanta resistencia, haciéndole dejar á un lado el regateo, que, en los hombres de negocios, es una segunda naturaleza.

Con un poco de paciencia habria conseguido lo que deseaba del « lobo adorado » mediante un billete de quinientos francos, tan grande era el amor que tenía á la cerveza, amor que hace olvidar al hombre sus más sagrados intereses.

— ¡Cinco mil *parneses*! exclamó el ex-alumno del colegio Lavertue, deslumbrado hasta el extremo de perder todo decoro y reserva y emplear aquel término inoble del lenguaje ó algarabía gitanesca; ¿qué es preciso hacer para ganarlos?

— Nada más que vuestro deber, simplemente, contestó M. Gigant: defender, en el círculo de vuestro poder, la familia y la sociedad, impedir que una niña extraña usurpe uno de los nombres más ilustres de Francia y una fortuna que no le pertenece; en una palabra, entregarme los papeles que vuestra mujer conserva tan cuidadosamente y que acreditan de un modo irrecusable el nacimiento ilegítimo de Liliás.

El escéptico M. Gosse se desternillaba de risa.

— No es mala *farsa* la de su sociedad y su familia, se decía en sí mismo. ¡Ah! *farsante* del diablo, hablad francamente con un amigo, y confesad que si á mí me ofrecéis cinco mil francos por la cartera verde de mi « adorada Bellita », es porque á vos os han prometido diez mil por lo menos.

Decididamente, el buen M. Gosse no creía en nada.

— Los negocios son los negocios, replicó M. Gigant con la simplicidad de un hombre de Plutarco. Vos me podeis hacer conocer el nombre del padre verdadero de la niña

con testimonios y documentos fehacientes, y yo conozco el del padre putativo, que ni vos ni madama Gosse no conocéis.

— Sea enhorabuena; hablad con franqueza... á mi me gusta mas eso... ¿no erais un majadero en venirme á amedrentar con vuestras amenazas de la justicia?... Cinco mil es bien poco, y estoy seguro que me robais todavia algunos miles... Pero no importa, podrá uno divertirse algo con sus amigos. Mas cuidado con hacer necedades... ¿eh? Quede pues entendido que es conmigo solamente con quien tratáis este asunto, y que «Bebella» no llegará á saber nada.

— Nada absolutamente.

— ¿Y que yo no me veré comprometido?

— Los documentos serán enviados por un conducto anónimo á su destino, si lo quereis así.

— Entonces, vengan esos cinco.

— ¿Y me entregareis la cartera verde?

— Hoy mismo si quereis, y, si tú lo exiges, en seguida. Tiene uno mas malicia de la que tú crees, mi amo, aunque bajo candidas apariencias; hace ya dos dias que sabia yo cuál era la moza que tú andabas rondando. La cartera está aquí bien guardadita... toma y daca... *vomita* los cinco mil del pico.

¡Oh! profesores del colegio Lavertue, ¿qué habriais dicho de vuestro discípulo?

De vuestro discípulo que olvidaba con tanto cinismo la honradez y el francés, y abriendo el cajon de la mesa sacaba de él la cartera verde y se la alargaba á M. Gigant.

Este, por su parte, tenia entre sus dedos cinco pedacitos de papel de seda, de esos que se fabrican en la calle del Banco.

El cambio se hizo con la mayor lealtad, no soltando el uno los billetes sino al mismo tiempo que el otro soltaba la cartera.

Entonces se oyó el chasquido de un fósforo con el cual se encendió un cabito de bugia que en Paris llaman «cola de raton», el cual brilló como una estrella en la oscuridad de la covachuela.

M. Gosse queria ver si los billetes no eran falsos, y M. Gigant si la cartera contenia los papeles.

¡Admirable y tierna confianza!

Los billetes eran buenos y en la cartera habia dos cartas del coronel Fritz que ni dejaban ni podian dejar duda ninguna sobre sus relaciones con Hortensia.

— Ahora, dijo M. Gigant, hacedme otro servicio: es al memorialista al que se lo pido; sentaos y escribid.

Y en seguida dictó lo siguiente:

« Señor conde,

» Cumple al honor de uno de vuestros mas fieles amigos el suministraros las pruebas de la infame traicion de que habeis sido victima.

» Espero que las cartas adjuntas que os remito os ilustrarán sobre la estimacion en que debeis tener al mas íntimo de vuestros comensales y al mas vil de los traidores. »

— « De los traidores », repitió M. Gosse, preparándose en seguida, por rutina, á poner la fecha.

Pero M. Gigant, deteniéndole la mano:

— Nada de fecha, le dijo.

— Ea, pues entonces, ya está concluido, exclamó el «lobo querido.» Bebella va á ponerse furiosa cuando vea que le falta la cartera. ¡Tanto mejor!... *Es una grulla.*

¡Casa de educacion de Lavertue, hé aquí lo que se vuelven tus discípulos!

VII

LILIAS.

Mientras que M. Gigant y M. Gosse sellaban su contrato sentados á una de las mesas de aquella famosa fábrica de cerveza que este último conocia, y despachaban un par de botellas del fermentado brebaje, la carretela del conde de Puysaie bajaba al gran trote de sus caballos la cuesta de Passy.

Solamente que madama Gosse no se pavoneaba ya en los mullidos almohadones del elegante carruaje, sino que detrás y bastanté lejos venia tambien caminando en un mal coche de alquiler, arrastrado por un raquitico rocinante no sin grandes esfuerzos.

En el sitio que antes habia ocupado ella en la carretela, veíase una niña preciosa, con largos rizos flotantes, y tan linda como una pequeñita miss de la vieja Inglaterra, el pais predestinado de los niños hermosos y de las ladies feas.

¡Lilias!

La preciosa niña estaba sentada al lado de Loredano, que la devoraba con los ojos, y ya habia aprendido á echar sus bracitos al cuello del conde, diciéndole con esa voz infantil que tiene una agradable melodía, estas dos palabras divinas:

— ¡Papá mio!

Y él, encantado por aquella música celestial, no se cansaba de responderle besando al mismo tiempo sus lindas manecitas y sus sonrosadas mejillas:

— ¡Hija mia! ¡hija mia!

En efecto, sí, Celina tenia razon; esta niña enviada al hogar doméstico del conde, era el consuelo y la sonrisa.

¿Cómo era posible que estuviese triste, cansado, desesperado, ahora que tendria siempre delante de sus ojos esta imágen viva de la juventud, de la alegría y de la esperanza?

— ¡Padre mio!... ¡Hija mia!...

La carretela corria, y corria levantando en su veloz carrera nubes de polvo, y á Loredano le parecia que en esta

polvareda iban envueltas todas sus penas pasadas y que se las llevaba el viento como á ella.

Hallaba el cielo magnifico reflejando sus azulados colores en las aguas del Sena, y le parecía que todos los transeuntes que encontraba tenian un aire de alegría y se regocijaban al verle, como para felicitarle; de buena gana les hubiera gritado á todos:

— Mirad á mi hija ¡qué hermosa es!

En cuanto á Lilias, estaba contentísima. Hasta aquel dia no habia sabido nada de su familia, y las únicas semanas que habian sido dichosas para ella eran aquellas que habia pasado al lado de la condesa de Monte-Cristo.

Su corazoncito no tenia mas que tres seres á quien amar: á mamá Elena, al tio José y á Cipriana.

A Cipriana, que no habia hecho mas que atravesar como una sombra en sus sueños de niña, pero que á pesar de esta fugaz aparicion habia dejado en su imaginacion infantil un rastro imborrable de encanto, de gracia y de cariño.

Ademas, ¿no le habia dicho aquella mañana la condesa: Es menester que quieras mucho á Cipriana?

Y desde aquella mañana, Lilias no habia dejado pasar un dia sin acordarse de aquella hermosa y encantadora jóven que la habia abrazado á la entrada del invernáculo.

¡Pobre Lilias! semejantes recuerdos eran bien raros en su infancia abandonada...

Cuando echaba una mirada sobre lo pasado, — los niños que no han conocido una madre tienen la meditacion precoz y sienten las penas de la edad madura, — entonces volvia á ver la pequeña alqueria en que habia sido criada por una nodriza mercenaria.

El estrecho cercado en donde pacía una vaca, el corral oscuro en donde brincaban los conejos en medio de un enjambre de gallinas; el seto de espino-albar por encima del cual se veia aquí y allí la copa redonda y empolvada de un manzano en flor.

Hasta la edad de cuatro años habia permanecido en aquel caserío, mezclada con los hermanos y hermanas de leche, aunque sintiéndose ya superior á ellos.

Tenia lindos vestiditos con flores, bonitas camisas bordadas, y la llamaban: señorita.

Pero á pesar de esto sabia muy bien y lo sentia mejor, que era mas desgraciada que sus compañeras con vestidos de indiana ó tela burda, porque habia sorprendido muchas veces á la buena aldeana con los ojos llenos de lágrimas y fijos en ella, y le habia oído murmurar bien á menudo:

— ¡Pobre niña!

Una señora, cubierta con un velo, habia venido á verla una ó dos veces.

Señora á quien recibian con el mayor respeto, que la tomaba en sus brazos, la devoraba con la vista y le hacia mil apasionadas y tiernas caricias.

Y cuando la señora se habia marchado, la nodriza le habia dicho:

— Lilias, esa señora es tu madre.

Pero en vano habia tratado despues de recordar en su memoria las facciones confusas de aquella señora. En cer-

rando los ojos, ya no veia en medio de las espesas nieblas de su imaginacion sino una forma vaga, vestida de negro, con largos rizos á la inglesa que flotaban á cada uno de los lados de un rostro melancólico.

Esta forma indistinta, enlutada y cubierta como una pintura al pastel medio borrada, era la única nocion que tenia de su madre.

De su padre no tenia la menor idea.

Segun su imaginacion infantil se lo representaba, un padre era un ser casi divino, misterioso y poderoso, una cosa asi parecida como á un ángel custodio á quien no se ve nunca, y que, sin embargo, vela constantemente por nosotros.

Y héte aquí que de repente y cuando menos lo esperaba, se le aparece este genio protector, este padre: y venia como se refiere en los cuentos de las hadas, en un hermoso coche de dos caballos, y la llevaba á no sé qué palacio fabuloso en donde ella esperaba encontrar á todas aquellas personas que ella amaba.

Su pobre corazoncito latia con esta esperanza y con la de volver á encontrar en él á la señora del velo negro con sus largos rizos á la inglesa.

¡A su madre!...

El coche habia recorrido en toda su longitud la gran calzada del paseo de los Campos Eliseos y daba la vuelta por el puente de la Concordia.

Y sin embargo, Lilias y Loredano no se habian dicho todavía mas que dos palabras:

— ¡Hija mia!... ¡Papá mio!...

Cuando las anchas y macizas puertas del palacio de la calle de Varennes se abrieron como en los dias de grandes recepciones, hubo una especie de fiesta en la casa sombría y desierta.

El conde, radiante y contento cual no se le habia visto hacia mucho tiempo, saltó desde el estribo del coche al peristilo y subió la escalinata sin agarrarse á la barandilla, como otras veces lo hacia de ordinario y casi arrastrando los piés.

Parecia que con su felicidad habia vuelto á encontrar al mismo tiempo su pasada juventud.

El vestibulo sombrío se iluminó ante la suave aparicion de Lilias, y los vetustos retratos que guarnecian sus paredes parecia como que se sonreian.

Las caras ceñudas de los criados, que se modulaban por la que presentaba el dueño de la casa, tomaron un aspecto alegre, y Loredano les gritó al entrar:

— Id á avisar á mi hija que le traigo una hermana...

No hubo necesidad de ir á buscarla muy lejos, porque Cipriana estaba en acecho espionando la vuelta de su padre.

Durante todo el dia, tambien ella habia estado pensando en aquella palabra que le habia dicho al oído su padre al tiempo de marcharse: — ¡Lilias!

Y lejos de tener envidia, la generosa jóven daba gracias á Dios por aquel milagro que traia la paz y la reconciliación á aquel hogar maldito.

¿Cómo se habia obrado ese milagro? ¿Conocia el conde